

# **SOBRE EL ODIO**

*Roberto Curi Hallal*

## ÍNDICE

CASTIGO: UN MITO EDUCATIVO

DE LA CRUELDAD

EL MAL NUNCA SALE DE MODA

CUANDO LA DESESPERANZA CONVENCE A LA ESPERANZA A  
DESISTIR

COMO DISMINUIR LOS DAÑOS EN UNA SOCIEDAD  
INDIVIDUALISTA, VIOLENTA E INJUSTA

LA DEGRADACIÓN DE LOS VÍNCULOS HUMANOS

COMO NEUTRALIZAR LAS OFENSAS

LA TRAMA CULPÍGENA

LA ENVIDIA DE SÍ MISMO

LA UNIÓN DE LOS DESISTENTES

EL CANALLA

LA SOBERBIA Y LA MALDAD

*“Y así sucede que lo mismo que une el amor al amante y al amado,  
une también el odio al odiador y al odiado, y no las une ni menos  
fuerte ni menos duraderamente que aquél”*

MIGUEL DE UNAMUNO

(Sobre la soberbia)

*“O nosso inimigo não é aquele que nos odeia,  
Mas aquele que nós odiamos”.*

PROVÉRBIOS ÁRABES

## CASTIGO: UM MITO EDUCATIVO

Entre el sadismo franco y la indiferencia, encontramos algunas acciones que los educadores generalmente adoptan, sin considerar los resultados futuros.

Cada vez más se invierte en los humanos y el mejoramiento de la calidad de la vida. Vemos, hoy, el surgimiento de iniciativas en el sentido de humanizar el uso de las máquinas y revisar el contenido deshumanizado de la transmisión de conocimiento por las estructuras formales de enseñanza, sea en las escuelas, sea en las universidades. Curiosamente, en esa misma población donde se enseña el respeto humano, se observa una tolerancia pasiva y una participación activa en la utilización del castigo a los niños como componentes de la educación. Aunque esas deformaciones de la enseñanza ya no sean oficialmente aceptadas, muchas de ellas son utilizadas ocasional o constantemente por adultos violentos. El discurso de los derechos humanos se calla frente a esas acciones. El discurso que se enmudece organiza el haz eclipsado, aquel lugar que acostumbramos no indagar. Y, sin embargo, debería ser deber de todo ciudadano revisar las ideologías que subyacen a las actitudes sociales y familiares cuando el asunto es violencia. La tendencia es buscar culpables y víctimas, mientras que lo más correcto sería entender que en las cuestiones de violencias familiares todos son víctimas enajenadas de la historia que se incorpora sin crítica. Preocuparse con esta cuestión significa revisar mitos que organizan nuestra vida cotidiana, nuestro existir.

¿Cuáles son los conceptos contenidos en los valores de la educación? Una de las expectativas comunes de los educadores en relación a los jóvenes es conseguir medir sus competencias a través de sus *performances*. Estas son cuantificadas al costo de exigencias difíciles de ser alcanzadas. La educación volcada para el bienestar y la "valoración de sí mismo", tan necesaria para despertar el amor y el placer en aquello que se hace, queda perjudicada, ya que el fin que es attingir las metas esperadas. Así, se educa para todo, menos para ser feliz.

Algunos padres, en algunos momentos de la vida, suponen que sus funciones deban apoyarse en un conjunto de órdenes y disciplinas previamente definidas, a ser impuestas y aceptadas acriticamente por los hijos, imaginando que así los formarían para la vida.

El empecinamiento de los niños en obedecer órdenes generalmente está acompañado de la falta de comprensión por parte de los padres y de los educadores sobre el momento que ellos están viviendo. El niño desobediente tiene su atención volcada a sí mismo, dejando de usar los órdenes transmitidos. También puede ocurrir que los niños y los jóvenes no den el mismo peso y valor que el adulto da a un determinado orden. No olvidando lo más común: que simplemente reaccionen por hacerles poco caso.

Las resistencias de los niños son superficiales y transitorias. Hay una tendencia a atribuir un poder a sus oposiciones que, en verdad, no existe. Los niños viven inseguros y pocos son los que mantienen su oposición por mucho tiempo. Aclararles acerca de lo que les está ocurriendo puede hacer con que ellos disminuyan sus resistencias y hasta sus ansiedades.

El ideal sería que cada educador estuviese imbuido del espíritu de quien tiene de vender una idea y convencer al otro a comprarla... En general, los educadores imponen la idea y aun se ofenden caso los jóvenes no disfruten de la "mercadería" adquirida a la fuerza.

Hay una gran preocupación con la educación formal de los hijos, pero, el castigo se banalizó como una forma aceptada de no-violencia o de una violencia tolerable.

Un niño, cuando amenazado, aprende con miedo; con palmadas también. Acreditar que los niños solamente aprenden lo que le es transmitido con amor es, en lo mínimo, una ingenuidad. El niño que es golpeado para aprender, solo aprende a golpear y a ser golpeado; o a ser cobarde sin ninguna capacidad de defensa. La amenaza lleva a la obediencia y no a comprensión de lo que está siendo exigido. Los sistemas impuestos esperan respuestas inmediatas y encubridoras de los verdaderos problemas. Poco se evalúa, porque poco se sabe de lo que se gana o pierde con las violencias cometidas.

Una argumentación utilizada con frecuencia para justificar las palmadas, por ejemplo, en el caso de la familia, es de que hablar no basta o hasta que los niños provocan los adultos y que hacen de todo para ser golpeados. Dejemos la ingenuidad de lado y pensemos que es un derecho de los niños experimentar las convicciones de quien ordena, así como también aprender a medir el poder, los abusos que hacen de ese poder y las fragilidades de los adultos. También hace parte del aprendizaje de la vida conocer el límite de cada uno que está alrededor, lo que no significa aceptar la violencia como forma de límite.

Podemos decir que muchos padres y educadores no se preocupan efectivamente en educar a los niños, solo dándoles atención bajo ataques de ira o de ansiedad. No deja de ser curioso que los adultos intenten frenar los ataques de ira de los niños con verdaderos ataques de ira de adultos, corporalmente más grandes y más fuertes en sus reacciones. Se pretende corregir la violencia con una violencia mayor. Las personas violentas justifican sus actos con argumentaciones que son como aquellas mentiras que se cuentan con tanta convicción, que terminan aceptadas como verdades.

En los momentos de agitación de los niños, entendemos que están descargando una ansiedad que no consiguen controlar; por eso mismo necesitan de la vía muscular como vía como forma de disminución de esa ansiedad. Los niños y los adolescentes casi nunca consiguen administrar sus ansiedades y sus frustraciones, y muchos de sus actos están comprometidos por esa incapacidad. La severidad o la falta de educación adecuadas a las necesidades momentáneamente manifestadas, solamente aumenta la confusión.

La desaprobación social y la vehemencia con que se demuestre el desagrado que determinadas actitudes de los niños provocan, cuando hechas en el momento adecuado, pueden ahorrar a esos niños de sufrir actitudes extremas como los castigos, las humillaciones y las privaciones.

Cuando termina la insistencia o la desobediencia, se acostumbra pensar que la cuestión está resuelta. Nada de eso es verdadero: a penas queda postergada la solución con el silencio o la obediencia impuesta. El camino de semejante sumisión es la depresión, que lleva a que toda esa energía reprimida vuelva acumulada, reforzada y disfrazada. De continuar acumulándose el cercenamiento de manera constante, podemos estar frente a ciertas enfermedades que necesitan acompañamiento especializado.

En la adolescencia, la explosión de algunos es una sorpresa para escuelas y padres, al verlos totalmente desfigurados, comportándose de manera opuesta de lo que siempre habían sido hasta entonces. Es muy común, en las crisis de locura o en otras formas de manifestación extrema, escuchar a la familia decir: "Él era tan calmo, tan cordial y ahora ni parece él mismo..." o aún: "Ella era tan buena y ahora solo grita y hace todo al revés de lo que pedimos...". Queda claro que esos jóvenes no fueron escuchados, vistos o percibidos en su esencia durante largos años, hasta llegar a un periodo en que sus gritos sonaron más alto que la sordez de aquellos que les omitieron el derecho de opinión.

Un "no" dicho en el momento conveniente y con la convicción necesaria, tiende a ser considerado por quien lo recibe. Se usa mucho el "no" en la rutina y, así, la palabra se vulgariza. El "no" y el "sí" son tan preciosos en la educación, que solamente deberían ser utilizados en horas especiales. En las demás rutinas de convivencia con los niños y los jóvenes, valdría la pena observarlos más detenidamente, buscando conocerlos más profundamente para poder intervenir cuando sea necesario. Pero muchos padres y educadores creen conocer a los jóvenes sólo por convivir con ellos. Todavía, convivir no significa conocimiento, frecuentemente se cohabita sin convivir. Los adultos escuchan poco; generalmente, conviven mal con las diferencias y cuando se encuentran frente a alguien menos poderoso, más humilde o más frágil, tienden a

menospreciarlo y a abusar del poder. Con semejante actitud, muestran su rechazo a lo diferente.

Esta claro que las palmadas no hacen bien a nadie, tampoco a quien descarga la agresión. Hay hijos que pasan a odiar intensamente a los padres y a los educadores en consecuencia del uso sistemático de la violencia. La lástima guardada, la humillación inolvidable vuelven de alguna forma, o porque los agredidos incorporan al perseguidor pasando a hacer lo mismo con hermanos menores o con compañeros de escuela; o, por lo contrario, porque concientes de los daños se tornan promotores de justicia. Las dos situaciones dividen conceptualmente castigo corporal y privación del goce, aunque ambas sean formas de violencias. Una de las formas de privación del goce es el impedimento a lo lúdico. Es a través del jugar que los niños ríen, gozan, se socializan, descargan las tensiones, intentan elaborar situaciones traumáticas, conocen el mundo de los sueños. Y es por percibir todo el valor que para ellos significa el jugar que los adultos punidores les cercenan ese derecho. Así, acaban hiriendo a los niños en un lugar de impacto. Eso promueve rabias, aumenta el ciclo del conflicto, invitando a la desistencia del goce. Cuando eso se torna constante, puede ocurrir renuncia de la vida.

La conducta de muchos padres y educadores promotores del uso del castigo parece estar inspirada en el hecho de que una educación severa prepara a los hijos mejor para la vida. Un mito común es de que los niños respetados en sus necesidades y democráticamente estimulados a participar de las decisiones se transforman en sujetos inaprovechados por la cultura, y que en el futuro van a ser personas problemáticas. Otro mito universal es el de que pasar por malos momentos ayuda a formar el ciudadano. La historia de los sufrimientos también nos enseña que sufrir hace parte de la vida. Pero también conviene saber que evitar sufrimientos innecesarios a la vida genera una mayor creencia en el futuro que reproducir el sufrimiento como forma positiva para la existencia.

Una educación rigurosa, que no permita la participación activa, solo trae pesar y recuerdos angustiantes. No se firma la libertad con maltratos. Al contrario de la fuerza, una actitud respetuosa enseña a los jóvenes a utilizar sus potenciales para ser



libres, ayudándoles a tener mayor responsabilidad, les indica convicciones con límites adecuados, tornándolos respetuosos con la diferencia.

Una fuerte argumentación de presión utilizada por los educadores es que la tolerancia, la espontaneidad y la delicadeza son negativas para la formación de los jóvenes, principalmente si son usadas en individuos de sexo masculino. Se estimula el rigor de su educación con la promesa de que así van a ser más hombres. En contrapartida, se utilizan ejemplos de hijos que cometen equivocaciones, atribuyendo sus errores a una educación tolerante. Se confunde, así, la idea de que la tolerancia, el respeto y la comprensión son responsables por el equivoco. Si así fuese, los jóvenes más humanizados serían considerados malos ejemplos. De esa forma, el rigor formaría en los jóvenes una protección contra el uso inadecuado de sus potenciales. Quien cree en semejante afirmativa, parte del principio de que los “libres” son peligrosos. Los “libres” no pueden ser confundidos con los abandonados. Los “libres” tienen opinión o, por lo menos, conciencia crítica para formar sus ideas. Ya los abandonados, son fácilmente influenciables y acaban copiando sus grupos, encontrando así sustitutos para los padres que no les dan lo mínimo necesario para su formación ética y moral.

Detengámonos un poco a evaluar la argumentación del castigador, ya que él dice actuar de esa manera en nombre del bien, de lo correcto y que lo hace por amor. Ciertamente, quien valida semejante procedimiento para el ejercicio de su función, no es un educador; su rol estaría más próximo al de un “engañador”. Se parte, así, del principio equivocado que se esta tratando con niños y adolescentes distorsionados por naturaleza. No es concebible que un educador piense a los jóvenes como definitivamente formados: todos sabemos que la vida es un proceso, y que ninguno de nosotros es igual en ese caminar. La visión estática se apoya en alguna teoría que no contempla la vida como un proceso, mucho menos contempla una posibilidad de transformación mediante la reflexión.

El uso de la culpabilización y del castigo solo empeora la experiencia de vida, incrementando el odio en las relaciones

humanas. Ninguna actitud violenta lleva a un incremento de responsabilidades; al revés, promueve una disminución en la autoestima de todos y ésta, a su vez, constituye núcleos depresivos. Muchos jóvenes deprimidos son mal comprendidos y acusados de malos hijos o malos alumnos. Infelizmente las actitudes terapéuticas también pueden ser de orden correctiva, casi nunca contemplando la problemática de los miembros vinculados a las complicaciones, cuando ellas surgen. Un alumno que no se adecua a las exigencias de la escuela, tiende a ser reprobado. Se impone a él el cambio de escuela, la deserción escolar o acompañamientos psicológicos al servicio de la negación del daño que el sistema escolar y sus exageraciones causaran. Se intenta, así, cambiar para adaptar el modelo. No se piensa en cambiar los modelos. Las manifestaciones de rebeldía de los jóvenes son comprendidas por los adultos como desvíos de conducta. En verdad, los adultos transmiten reglas en las cuales ni ellos mismos creen. Los violentos no dudan de sus actitudes; encuentran una racionalización para explicar sus actos. Por eso, ser educado por el modelo de la violencia significa ser puesto a prueba todo el tiempo. Como consecuencia, un sistema que adopte la evaluación cuantitativa para verificar valores, pasa a ser un tormento para todos los que de él participan.

Cuando los profesores necesitan argumentar una reprobación, se apoyan en la argumentación de que fue mejor así, porque así el alumno reprobado aprenderá a estudiar y a consolidar el conocimiento para acompañar el grupo. ¿La reprobación es una puesta de límite que enseña a estudiar y a tener límites? ¿O, por el contrario, es vivida como injusticia y castigo? Aquellos que creen en su provecho útil para enseñar responsabilidades deberían ser tratados con el mismo cuidado con que se tratan a las poblaciones de riesgo, pues son peligrosos para la educación. El modelo ideológico que sostiene el castigo crea una generación de inseguros y miedosos de la vida y de la muerte.

Acostumbramos encontrar un personaje que es la *droga* de la familia o la *droga* de la escuela. Estigmatizado, el castigado aprende a erotizar el sufrimiento. Con su pasividad o agresividad pasa a provocar el castigo. Algunos de esos castigados buscan, en

el extremo, la satisfacción en el displacer. El niño que se calla puede estar encubriendo una mórbida satisfacción con el castigo.

Entre los profesionales de la educación y de la salud, algunos defienden la palmada como forma de educación. La argumentación de que serían los castigos una violencia doméstica útil para la formación del futuro ciudadano, es en lo mínimo, hipócrita. Mismo en el medio de eruditos, esa forma de tortura sigue su camino sin contestación. Los niños aún son motivos de discriminación por parte de los adultos. Eso no dice respeto a penas a los castigos corporales, sino a las amenazas o privaciones, como el impedimento de jugar. Esas actitudes solamente hacen con que el niño pase a renunciar a sus placeres. Toda transmisión de conocimiento hecho bajo presión disminuye la capacidad de comprensión, de producción y de creatividad. Los aspectos más inmediatos en el acto correctivo impiden una reflexión que lleve a algo más amplio; trae miedo, susto y trauma. La violencia forma generaciones enajenadas obedientes u sumisas al servicio de la no-contestación, aunque gente así sea menos feliz.

En cada joven hay un potencial enorme a ser aprovechado; no una bestia a ser contenida. Él necesita de apoyo para elaborar y superar las adversidades, vencer las fragilidades, tornarse fuerte o, por lo menos, creer en sí mismo para crecer original, aunque incorporando leyes, exigencias y expectativas.

Es innegable que cada vez más la humanidad vive en un mundo de competición; la cuantificación todavía, es como una sombra a quitar el brillo de la creatividad y del placer en lo singular.

El castigo culpabiliza y erotiza el dolor. Por todo eso, la violencia corporal o moral no contribuye para la organización de un individuo que pueda usar para su provecho, usar su riqueza potencial. Todas las formas violentas de educación introducen obstáculos al aprovechamiento de todas energías que los jóvenes necesitan disponer para ingresar en el difícil mundo de los adultos. La exigencia de los jóvenes en relación a los adultos expresan las exigencias que ellos tienen con ellos mismos. Desbordan, así, el exceso. Contenerles la violencia también hace parte de la educación, pero la importantísima función de poner límites, cuando incorporada al cotidiano de las familias y de las escuelas,

ciertamente dispensara el uso de la violencia en sus extremos. El castigo es el acto final de una desobediencia y una prueba a las tolerancias. Casi todos los padres golpean cuando piensan que ya no les resta otra cosa por hacer. Lo que no piensan es que sus rabias están incluidas en el acto; y tampoco consideran que sus frustraciones personales, adquiridas en determinadas circunstancias de sus vidas, acaben encontrando en la desobediencia del joven la gota de agua para la externalización del odio. Infelizmente, los jóvenes poco saben de estrategias y, muchas veces, se ponen en línea de fuego. O, hasta por saber que los adultos que están próximos pasan por situaciones difíciles, al verlos armados, aprovechan la ocasión para satisfacer sus necesidades masoquistas y sádicas.

La educación sin violencias dependerá de la articulación entre los macro modelos educativos oficiales y la historia familiar. La educación comienza por la realidad de la casa y termina por la revisión política de las formas y de los contenidos transmitidos en la escuela.

En relación al castigo, coincido con Godard, que: "El niño es el prisionero político del adulto.

## DE LA CRUELDAD

*Quien observa los pactos en un mundo en que  
los demás no se sienten obligados  
a observarlos está destinado a sucumbir.*

*Norberto Bobbio*

La maldad, que no resulta de una desviación de la bondad, tiene raíz propia. Cuando hay victoria de la crueldad y del ultraje, quedase a la merced de las manipulaciones.

Los requintes de la crueldad jamás actúan solitariamente; ellos dependen de la complicidad de la mala intención y de la maldad, como formas intrínsecamente asumidas por quien las practica.

Los que burlan y ultrajan son depredadores de la paz ajena, cobardes de la acción aislada. Se comportan como si el mundo les perteneciese; usurpan el espacio de la mayoría, distribuyendo una energía negativa que trae angustia y malestar a las personas aunque algunas veces sus maldosos fines pasen desapercibidos. La legitimación de esas prácticas busca personas con alguna patología psíquica. Los crueles, muchas veces, usan códigos de aparcería con los ojos, con las palabras y con la maldad colectiva. Quedan felices en el aniquilamiento y en la desesperación, causan daños y festejan los dañosos resultados. Imaginan a los demás en condición permanente de perjuicio y desventaja, fantasean provocar dolores físicos y maltratos intolerables. Entran en contacto con los demás buscando siempre un dominio y una sumisión. Encaran la vida imaginándose siempre en el lugar del victorioso, guerrero, fuerte, temido, amedrentador, competidor. Pero, esos auto-imágenes esconden un temor que los crueles tienen de ser descubiertos en sus fragilidades. Generalmente, los crueles fueron sometidos a maltratos, al abuso sexual, a la rendición crónica, guardando un profundo sentimiento de venganza. Revanchistas sin opción, viven una obsesión rencorosa que los impulsa al acto violento y a la ofensa. Se ponen inquietos cuando alguien no les responde a la provocación porque sus objetivos son cooptar personas para su mundo de violencias. Aquellos que no les responden a sus deseos acaban por desarmarlos, ya que se manifiestan indiferentes – menosprecio que los crueles no pueden soportar.

Los crueles no tienen grupos permanentes de convivencia, excepción hecha a alguna secta o grupo extremista. Sus discursos son imperativos, obligatorios, excluyentes; ellos son defensores de una única verdad; no soportan el diálogo por creer en la supremacía

del monólogo impuesto. Huyen de toda argumentación usada con habilidad intelectual, temiendo a las múltiples verdades.

Vivimos en una sociedad violenta, injusta y agresiva. La crueldad esta presente en todas las actividades humanas, desde la casa hasta la calle, pasando por la escuela y por el trabajo. Siempre habrá un portador de la crueldad. Ella, despierta menos censura que el amor, y molesta menos porque desencadena el miedo.

Los crueles se dedican a estudiar a las víctimas desarrollando técnicas de tortura física y mental. Sostienen sus tesis con vehemencia y todo nuevo conocimiento es adaptado a sus malévolos fines. Educado para desarrollar parte de su innata y construida maldad, el cruel entra en lucha con los demás por el placer de verlos desconcertados y desagregados. Es hábil en la confrontación y trasforma cualquier discusión banal en una cuestión de ofensa personal. Por eso él puede matar en una pelea callejera o promover un accidente de proporciones graves porque se sintió desafiado en una vía pública. Él vive siempre reivindicando "legítima defensa" porque todos los hechos, bajo su óptica, sufren la distorsión que lo pone como víctima y no como autor de la agresión. La crueldad puede ser permanente u ocasional, estructural o reactiva. Pero, en cualquier condición, es negativa. El mal nunca sale de moda.

La mentira y la cobardía son permanentes en el discurso de los crueles porque, aunque se presenten como sin temores, viven con miedo de juzgamientos y condenaciones. Es muy probable que hayan sido excesivamente juzgados y ofendidos en sus crianzas. La crueldad participó de la niñez de quien la manifiesta como modelo insistentemente ofrecido.

Existen los crueles colectivos, como los gobernantes, los tiránicos dictadores, los emperadores del mal, los asaltantes de países que bombardean civiles, los fabricantes y vendedores de armas, los grupos militares y para-militares preparados para matar y ejercer la crueldad en nombre del bien. Infelizmente, para la humanidad, los poderosos siempre se atribuyen la razón única e indiscutible: la razón cínica, que se presenta siempre de forma fría y calculadora. Disfrazada de autoridad, la crueldad se presenta pacífica y bondadosa, promete lo que no cumple y ocultando una

historia, dejando de lado todo aquello que la denuncia. Quien la imagina plásticamente repudiante, se equivoca, porque ella está por detrás de la sirena y de su canto, de lo que atrae y de la seducción que envuelve a los incautos. La crueldad esta adentro del gesto de aquel que vela y usa las fragilidades del otro para de él sacar beneficios. Se presenta como una removedora de obstáculos, como un pilar de sostén, como un baluarte en defensa de las pequeñeces de alguien. Ni siempre en la contrapartida del gesto cruel se encuentra un masoquista satisfecho por el dolor y por el displacer; muchos son inocentes, pueriles, personas limitadas que no respetan la propia percepción y aceptan, en grados degradantes, las humillaciones de los crueles. El mito de que la crueldad llega regañando debe ser rectificado, porque ella besa, acaricia y da placeres; canta y ahonda, ahoga y degrada. Estemos alertas.

## EL MAL NUNCA SALE DE MODA

Siempre pensé que en cada ser humano existiese un ángel; no una bestia a ser contenida. Ahora, con la conciencia de la corrupción endémica, me obligo a corregir esta afirmación. Hay una bestia en el corruptor y en el corrompido, una perversión que se organiza a través de las guerras al servicio del crimen que mata de hambre y condena el futuro. Impunemente, esos promotores de la corrupción reciben medallas, diplomas, circulan internacionalmente, representan países, comen de lo mejor y se ríen de los menos favorecidos, acusándolos de peligrosos. Son cuadrilleros, asesinos, sin alma ni responsabilidad, capaces de matar el propio hermano. Descuartizan, eligen diputados, senadores, tienen presencia en el Legislativo, en el Judiciario, en el Ejecutivo, en los hospitales, en los casinos; son directores en clubes deportivos, *promotores* en fiestas. Son dueños de empresas famosas, de marcas conocidas, y nos intentan convencer de que la honestidad no compensa. El único vínculo durable que establecen es con el poder y la ganancia.

Para que se constituya la red promovida por la corrupción es necesario que el contenido de la misma sea resultante de la complicidad entre el corruptor y el corrompido. Ambos minimizan lo sucedido para disminuir el asombro. De esa forma, la banalización de las pequeñas rupturas de la ley, como tirar un papel en la calle, cruzarla con el semáforo rojo, ofender al diferente, pasarían a ser formas aceptables de la vivencia cotidiana. La tolerancia con las transgresiones estaría dilatada, mientras que la crítica a ellas no sería tolerada. Ingresar en la red de corrupción es fácil. Después de la insensibilización, es cuestión de aumentar el grado, pues, una vez insensible, el “yo también tengo el derecho”, irá a repetir la corrupción, más o menos veces.

El corrupto es soberbio y su arrogancia ocupa tanto espacio, que él se piensa por encima de la ley. Sus acciones demuestran una total desconsideración con el otro. Poco le importa si sus actos determinan la muerte por hambre de millares de niños o promueve el desempleo de millares de padres y madres de familia. Ellos aniquilan sus víctimas sociales inescrupulosamente con discursos



pseudomoralistas. Por encima de cualquier ley, juzgan, condenan y ejecutan la pena que atinge indiscriminadamente a todos que están a su alrededor. Así, se hace cada vez más necesario que nuestra indignación no pacte con omisiones o silencios.

De las diferentes formas de corrupción, las más comúnmente encontradas se manifiestan en orden creciente: una simple propina para el guardador de carros en la calle, pasando por la compra de facilidad en las prestaciones de servicios públicos, hasta llegar al pago ostensivo para obtener una ventaja. Hay, sin duda, personas que aprendieran el atajo; ellas crean dificultades para vender facilidades. Triunfadoras en sus inversiones, esas personas seducen aquellos que caen en la emboscada del chantaje y de la invitación para corromper la ética. Convengamos: la tentación atinge a la mayoría. De forma más o menos intensa, muchos son aquellos que buscan llevar ventaja sobre los demás. Se trata de la participación en un juego peligroso, del cual se desconocen las reglas y las consecuencias.

Sin la intención acusatoria y ofensiva, se puede decir que desde que se esté conviviendo con la miseria y la pobreza crecientes, algo de cada uno de nosotros fue corrompido. Al aceptarnos la desigualdad, el abismo existente entre las clases sociales, que determina que el hijo del pobre nunca alcanzará el mismo lugar de los hijos de la clase media, estamos nos corrompiendo aunque sin percibir. Se colabora con la desigualdad hasta que ella alcance a todos.

Además de la denuncia de estas condiciones, es necesario romper con mitos que perpetran ese *status quo* e inventar propuestas originales. Cada vez más se hace urgente iluminar las conciencias, creando instrumentos, poderes y organizaciones con capacidad de intervenir para el cambio real de las situaciones con actitudes activas, proponiendo cambios con demanda de acciones, para no se caer en una posición melancólica, que lleve a pérdida de la capacidad de asombro, responsable por nos hacer reaccionar. Es necesario que haya redes de apoyo humano que alcancen construir nuevas relaciones sociales en las cuales prevalezcan los Encuentros Humanos con intereses colectivos, de tal forma que las producciones más fundamentales del ser humano, como el trabajo y

el amor, sean modificadas para se constituir como base de esos intereses. Para tanto, se hace necesario, en términos de contexto, aumentar la creencia en el potencial de los seres humanos como protagonistas de la vida y no como agregados secundarios; planificar proyectos de vida más de acuerdo con las demandas; racionalizar la distribución de la riqueza; controlar el desperdicio del dinero público; racionalizar la utilización de los recursos económicos; promover la unión de lo colectivo; reforzar la ética como concepto y como práctica; reafirmar el valor de la familia como organizadora de los individuos; desmistificar el Estado como soberano y protector.

## CUANDO LA DESESPERANZA CONVENCE LA ESPERANZA A DESISTIR

Entre las paranoias exageradas de unos, y los “vuelos” de otros que despegan de la realidad, muchas conductas forman combinaciones que se constituyen en modos laberínticos de vida, en los cuales los seres humanos intentan encontrar un lugar para situarse y confirmar sus concepciones. Todos, de alguna forma, van por la vida en búsqueda de pruebas para sus teorías; unos, para probar que el mundo es una desgracia, y otros para certificar que es una gracia. Esos paradigmas construyen y destruyen relaciones entre los humanos, sea como parejas, pares, amantes, padres e hijos, colegas, amigos o compañeros.

Los portadores de la esperanza observan a los sin-esperanza llegando. Estos cargan consigo el desánimo, pero ponen en teste la solidez y la manutención de las convicciones de los esperanzados. Intentaran probar que nada soporta la lógica de una razón plausible. Saben que los carentes se agarran a los sueños de la esperanza y, por eso los atacan. Además, hacen con que los ingenuos desacrediten el soñador, invitándolo a dejar de ser conductor de la esperanza. Intentan aún hacer creer que los carentes son menos dotados, afirmando la estupidez de aquellos que mantienen la creencia en los humanos.

Esas manipulaciones son frecuentemente observadas en las relaciones humanas. Por miedo del ridículo, los esperanzados esconden su creencia en los sueños o hasta divulgan lo contrario. Esa distorsión puede ser vista como una falta de respeto consigo mismo. Hoy, tener esperanza pasó a ser sinónimo de riesgo, una especie de deficiencia.

El desencuentro es mucho más fácil que el encuentro. Mientras que el primero depende de uno o dos actos impulsivos, de

odio y desagradables, el segundo depende de una manutención constante de cuidados y delicadezas, de homenajes y recepciones.

Por todas las vías posibles, cada cual a su manera intenta dar una contribución para la solución de un problema sin fin y cotidiano que es el modo como se debe y se puede cuidar. Las formas de satisfacción de los seres humanos son las más variadas, unos solo alcanzando satisfacción en el displacer, mientras otros en el placer. Hay personas que no se ponen satisfechas cuando los amores se estabilizan: siempre desisten después de la conquista. Somos llevados a pensar que ellas no se satisfacen en la manutención, y que por eso recomienzan el trabajo de conquistar toda vez que alcanzan la meta de la estabilidad. Otros, al contrario, se esconden detrás de la estabilidad de ciertas relaciones para no correr riesgos. En esa condición, podemos pensar que la protección por desamparo social o psíquico supera las necesidades amorosas. Todas esas variables son arreglos de convivencias. Son encuentros que llenan vacíos y donde la búsqueda de consuelo vale más que la ambición del amor. Esas formas de convivencia son una afronta a las pretensiones de los enamorados por la vida.

Una de las exigencias de la esperanza es que ella se alimente de la reciprocidad, creando una expectativa de que alguien la reciba y la retro-alimente. Ella es frágil y delicada, no pasa por el embrutecimiento de la desesperanza, que acepta y hospeda al odio y se fortalece con la insensibilidad y con los pocos cuidados.

Es comprensible que existan personas que hayan tenido decepciones en sus historias de vida, donde el amor pueda haber sido visitante efímero, y la violencia, la tónica de sus mitos y creencias. Es el caso de los amantes que agrieten para hacerse valer; de los padres que critican, reprueban y castigan a sus hijos con la fantasía de que la ofensa los educa para la vida.

La desesperanza se apoya en la crítica destructiva, en la fragilidad de la creencia, en la volatilidad de la felicidad. Se muestra siempre lista para reafirmar que no vale la pena tener esperanza y que cuanto más ríspido y grosero el individuo, más serio y creíble él es. Los desesperanzados intentan probar que aquellos que son amorosos son, flojos y poco respetados. No fuese la certeza convincente de los que desisten, pocos les darían oídos; en ellos, la

fuerza de la anulación y del desaliento es presentada de manera radical. Hablan con una arrogancia incontestable, no dejando ninguna duda de su certeza. Por eso, se torna difícil pararlos en sus radicales esfuerzos de esparcir la desesperanza. Son apocalípticos, hacen de su divulgación una misión, parecen tener vocación para la tarea de la desorganización de los proyectos de vida. Despedazan con “arte”, disuelven con convicción, usan el artificio de la confusión y de la falsedad para validar lo inauténtico y lo incierto. No les falta voluntad para quitar el coraje, pues a través del desánimo confirman que la vida no vale nada y que es mejor desistir. Peritos en el deshacer. Atacan la ingenuidad, mostrándose como ejemplos vivos de que el mal existe y que, a veces, es hasta necesario para resolver los problemas del mundo. Son defensores de los castigos y de las culpas.

Una educación constructiva siempre llevará en consideración la forma como se procesa su transmisión, mientras que aquellos que profesan una educación grosera y violenta poco se preocupan con la forma, por no entender que la delicadeza hace parte del aprendizaje útil para la vida. Al contrario, consideran los cuidados como nocivos para una formación que torne a los humanos fuertes y preparados para enfrentar el mundo. Educar y preparar personas para la paz necesariamente hace pasar por otras vías de aprendizaje, no las de la violencia, prepotencia, arrogancia y desconsideración.

Las primeras formaciones grupales de los humanos ciertamente sucedieron por razones de sobrevivencia. Eso significa decir que hubo, desde el comienzo, una exigencia inicial de reglas que permitiesen el estar junto. Así, una de las pretensiones iniciales de la construcción de la civilización fue formar pares y mantenerlos, lo que significa decir construir paz y armonía. Entre tanto, convivir presupone conflictos de diferentes razones e intensidades. Entonces, para evitarse problemas entre las partes comprometidas, conllevó la necesidad de una organización que, por más primitiva que fuese, buscara evitar la ruptura de la unión. No se trataba de un capricho, eran razones de sobrevivencia. Esas reglas, que fueron leyes, organizaron el grupo social. Todavía, la interpretación de la realidad de cada uno es absolutamente singular, así como la manera

en que cada uno percibe y responde a la estimulación interna y externa es diferente. La multiplicidad de significados que interactúan en un grupo trae consigo las diferencias conflictivas. Todos actuamos de acuerdo con esas representaciones, reaccionamos a lo que percibimos. Por lo tanto, las representaciones a través de las cuales se educa cada persona van a ser las que regirán su vida posterior, y apoyada en ellas es que alguien se preparara para la guerra o para la paz.

Una evolución en dirección a modelos educativos no violentos solo será posible cuando se reconozca y acepte que son las interpretaciones que llevan a una determinada lectura de la realidad, y que esas junto con la conciencia crítica, son construidas por modelos educativos. Educadores que castigan y maltratan validan esos métodos para aquellos que los sufren. Así, por detrás de un niño deprimido, violentado, atacado, castigado, parece siempre haber un educador que deprime, violenta, ataca y castiga. Cuando un padre cruza una calle fuera del lugar de los peatones, llevando su hijo de la mano, lo está educando para hacer lo mismo; cuando le da una palmada para que aprenda algún comportamiento, la más evidente enseñanza es el uso de la violencia. La vida es construida constantemente por modelos. En el universo de los sentimientos de los excluidos, permanentemente afloran el auto depreciación, el auto desvaloración, la auto conmiseración. La manipulación de la desesperanza es una práctica utilizada conscientemente, tiene la intención política de impedir reivindicaciones, propone sumisión incondicional, perpetra la resignación y conviene a aquellos que no tienen interés en que la humanidad evolucione para una mejor calidad de vida para todos. Los educadores brutos aún tendrán que pasar por una educación que los eduque y que los haga comprender que las formas de convivencias más evolucionadas de la humanidad proponen la delicadeza y la paz como valores a ser incorporados. Las actitudes groseras son un estadio involucionado de las relaciones entre los humanos, hacen parte de un momento histórico precario, donde se intentaba resolver diferencias con violencia; o sea: no se resolvía nada, porque no se eliminaba la diferencia, y si a uno de los beligerantes.

Es digno de lástima el discurso de la desesperanza, porque vive en busca de hospederos desventurados capaces de darles las bienvenidas. Estos, tienen sus historias pobladas de hechos lamentables y deplorables. Cuando delante de un soñador, parecen haber visto a Lucifer; quedan posesos. Como en un comando, solo descansan cuando cumplen su misión de exterminar al adversario o, mejor dicho, el rival que lo amenaza con sueños y esperanzas.

Los que creen y viven de la esperanza saben la diferencia entre orgasmo y convulsión; temblor y terremoto; ardor y quemadura; sueño y pesadilla; pretensión y proyecto; ambición y obligación; misterio e incógnita; problema y conflicto.

El psicoanálisis es una ciencia cuyo método terapéutico alarga el campo de la conciencia y de la atención, permitiendo que cada uno practique la contemplación del silencio como una forma de hacerse íntimo de sí mismo. Poder o no utilizar el conocimiento acerca de sí mismo pasa a ser una cuestión de oportunidad y vivacidad, pero una certeza se puede tener: cuando el ser humano tiene acceso a nuevas posibilidades de realización, flexibiliza su modo de vivir; cuando tiene esperanza, crea una perspectiva de futuro; cuando aprende el gusto de repartir sus emociones, tiene la posibilidad de apoyarse en una mano amiga, amar y ser amado. Necesitamos saber que además de ser actor de nuestra historia personal, podemos aún ser autores de nuestro destino.

La esperanza busca alcanzar un poco más de credibilidad, una divulgación extra para poder, al menos, equipararse a la desesperanza, que ya convenció a todos de que es hermana gemela de la realidad.

## COMO DISMINUIR LOS DAÑOS EN UNA SOCIEDAD INDIVIDUALISTA, VIOLENTA E INJUSTA

La pobreza tiene color y dirección. La piel oscura vale menos que la piel clara, las zonas nobles, vivienda de los más ricos, solamente son frecuentadas por los más pobres cuando prestan servicios hacia aquellos.

Es un escándalo que se perpetúe la diferencia de clases resultante del manejo perverso del dinero y de las oportunidades. La manipulación de la educación y de la información al servicio de aumentar el abismo entre las personas es inadmisibile e intolerable. A lo largo de la historia de la humanidad, la explotación de un ser humano por otro crió es una sórdida forma de esclavitud.

Hace mucho tiempo, los que se indignaban eran tachados de comunistas, anarquistas activistas y otros "istas". Esta forma enajenada aún persiste en países denominados desarrollados, donde la ignorancia acerca del resto del mundo predomina. Los que no son blancos, lo que no tienen conductas predominantemente europeas, no usan corbata como símbolo de *status*, y tienen el coraje de oponerse al modelo capitalista, son perseguidos y



humillados. Entre nosotros, el prejuicio se da mucho más por la ignorancia ingenua de la élite, que piensa poder manipular a los pobres, reduciéndolos al rol de prestadores de servicio a bajo costo. Lo peor es que todo eso se pasa con una omisión cada vez más justificada por parte de los responsables por ese estado de cosas. El mal se perpetúa porque las personas de bien se omiten, sean ellas ricas, de clase media o pobres. La desigualdad de oportunidades es la prueba máxima de la injusticia y de la imposibilidad de la paz, ya que la miseria promueve guerra entre las personas y los conflictos generan una guerra interna en aquellos que lo sufren. No podemos medir el dolor y la angustia de una madre muy pobre que mantuvo a su hijo como sobreviviente sin siquiera tener perspectivas de futuro, y que, aún así, consiguió hacer con que él llegase a integrarse y socializarse al conjunto de la sociedad, como la mayor parte de los ciudadanos que prestan servicios.

De alguna forma, buscamos no pensar en las cosas que nos molestan, aunque las escuchemos con frecuencia; nos omitimos por alienación. Las injusticias se apoyan en conceptos y nuestra pasividad las corrobora. Muchos de esos conceptos, cronificados por el sentido común, están junto a nosotros en el día a día. Algunos de ellos establecen que los negros son inferiores, ignorantes, y, por lo tanto personas de segunda categoría. Hay inúmeros ejemplos, como: las familias de los enfermos son molestos; los hijos dan mucho trabajo; quien tiene plata esta mejor en la vida, tiene de todo; los que tienen éxito financiero son más capaces que los demás; la titulación profesional esta siempre en buenas manos; los analfabetos son ignorantes que no piensan y no tiene opinión; malhumor en las mujeres es falta de sexo; los pobres son una carga social para los más ricos; los europeos son mejor educados que los latinoamericanos; no hay mujer honesta, lo que hay es mujer mal seducida; la capacidad de trabajo de las mujeres es menor que la de los hombres; no hay rico ladrón; todo juez es justo; el banco es un lugar seguro para guardar plata; el cheque y la tarjeta de crédito valen dinero; cuanto mejor en el colegio, mejor preparado para la vida; cuanto más temprano aprender, mejor; la variedad de experiencia sexual habilita mejor a la elección del aparcer(a).

Una vez que nuestro psiquismo es formado por un sistema de creencias y mitos que nos hace pensar eso y aquello, creer en eso y en aquello, sentir eso y lo otro, esos prejuicios enumerados nos habitan en mayor o menor grado. Nosotros los identificamos generalmente en el otro y muy raramente en nosotros mismos. Ellos están presentes en nuestro cotidiano, en la televisión, en el diario, en el cine, en la facultad, en el ciudadano que esta sentado al lado, en nuestros familiares, en nuestros amigos. Hacemos chistes de esos “conceptos”, pero en el fondo, los creemos porque los perpetramos, por convicción o por repetición.

Además, se cronifican también algunas “verdades” consecuentes a la diferencia de clases: los hijos de la clase media no aguantarían por una semana la presión social que los hijos de los pobres sufre permanentemente; las mujeres de clase media no aguantarían una semana el dolor y el desconcierto del desempleo, el acoso sexual en el trabajo, en los transportes, situación a que las mujeres pobres están más expuestas; los hombres de clase media no tolerarían una semana la humillación de no tener trabajo y de aceptar hacer cualquier cosa ordenada por cualquier uno, desde que le pague algún dinero; la familia de clase media no se sometería a juzgamientos, sentencias, odios e injurias con el mismo silencio y resignación con que los pobres los aceptan, sin derecho a la defensa y a la justicia; el hombre con alguna posición social no aceptaría la presión en las comisarías policiales, ni ser revistado en las calles, obligado a quedarse de rodillas en la vereda, palpado para ver si porta armas, y probar que no es ladrón solo por la apariencia, ser enfrentado hasta mostrar su identidad y depender de la buena voluntad de un prepotente armado oficialmente y pagado por todos para abusar del poder.

Es propio del ser humano utilizar la negación como mecanismo de defensa para poder soportar un sin número de estimulaciones excesivas para el psiquismo. Sin embargo, cuando él sufre, es porque estos mecanismos dejaron de cumplir sus objetivos. Cuando el mundo alrededor presenta crisis graves como que vivimos hoy, se hace necesaria una toma de posiciones, iniciativa recomendable para solucionarse la angustia.

Cuando el individuo se insiere en el colectivo, renunciando al aislamiento, él alarga sus chances de no deprimirse. La búsqueda de alternativas lo obliga a una inserción en el mundo, y si aquellos que lo logran hacerlo tienen aún conciencia crítica, pueden colaborar en las transformaciones necesarias para alcanzar el bienestar. Para que este sea alcanzado, es necesario estar bien consigo mismo y, al mismo tiempo, adecuarse al entorno, no importando si con pequeñas o grandes acciones.

La sociedad, como un todo, convive con un sinnúmero de injusticias sociales omitidas, silenciadas, hipócritamente negadas. En este momento las prisiones están llenas de personas no juzgadas, algunas inocentes, otras por delitos menores, o con penas ya cumplidas. La ley no es aplicada a todos con el mismo rigor. Para los menos favorecidos, las crisis sociales no son crisis, son permanentes formas de vida. En verdad, la peor crisis es la de valores y esta antecede y es responsable por las crisis políticas, sociales y económicas. Mucho antes de la quiebra global, existe la quiebra de la moral y de la ética. En el lugar de esa falta, se construye la ruptura con las reglas básicas de convivencia humana. Cuando el otro pasa a ser considerado objeto, cuando las relaciones humanas pasan a ser descartables, es porque algo muy grave está sucediendo. Estamos cada vez más desconcertados: asistimos a las crisis impotentes, sin rebeldía, sin contestación y muchas veces ya sin la capacidad de asombro. En una sociedad injusta, las desigualdades se dilatan, abriendo espacios para otras exclusiones y para los prejuicios.

Hubo un tiempo en que pensé que el fenómeno de la desigualdad social aumentaría el número de pobres y marginales por desesperación o desesperanza. Sin embargo, la peor herencia de la desigualdad económica y social ha sido el favorecimiento de los negocios ilícitos en todas las clases. La legitimación del Estado de Derecho puede ser alcanzada con el combate efectivo de la corrupción, con la punición de los corruptos y con el término de la impunidad de aquellos que manipulan la sociedad buscando sus intereses personales e individualistas. Tales medidas, de orden legal, pueden ser alcanzadas a través de un refinamiento de lo Judicial y de los valores de conciencia, lo que permitirán un salto

evolutivo en la conquista deseada por muchos, pero evitada por los que producen y mantienen la industria de la miseria al servicio del *apartheid* social.

No creo que les traiga novedades. Todos sabemos, más o menos, lo que se debe hacer; a penas no usamos el poder que tenemos como sociedad civil para tratar el tema como él merece ser tratado. Este es un problema “macro” que depende del cuidado de especialistas, son acciones de gobierno, del Estado. Frente a tal realidad, no podemos tampoco usar los indicadores actuales para adivinar el futuro, aunque sepamos que desde siempre los más pobres tienden a seguir siempre pobres. Nuestro desafío será como plantar humanidad donde solo hay desesperanza.

La solidaridad es un valor a ser aprendido desde el nacimiento. Es una construcción histórica incorporada por la convivencia, en los ambientes formadores. La solidaridad es una generosidad que exige cuidados permanentes. Hagamos de nuestra existencia la prueba de que creemos en la igualdad, en la paz y en las soluciones colectivas. Para tanto, no debemos tratar las consecuencias, sino rehacer los conceptos. El compromiso con la ética pública y el respeto a los derechos humanos nos hacen pensar que estos temas deben ser enseñados desde muy temprano, para que los niños sepan, desde siempre, que el dinero público es sagrado y que el otro no es un objeto de uso descartable. No puede haber democracia donde no se consolide la inclusión social, sea por el color, origen, religión, clase social. El fundamento de la paz consiste en la justicia colectiva y en la valoración la historia de la vida privada de las familias y de los individuos.

## LA DEGRADACIÓN DE LOS VÍNCULOS HUMANOS

Cada uno construye su historia; unos para mejor; otros para peor. Somos responsables por las elecciones que hacemos y por el resultado de ellas.

Desafiados por la tentación que encubre los vicios y las maniobras viciadas, que esconden las perversiones y ocultan los pecados, las virtudes casi piden licencia para una conversación y se

esconden avergonzadas frente a la falta de honestidad en los actos humanos. Se puede evaluar el asombro y el desconcierto que la falta de fuerza moral impone a las virtudes. También los intentos de cuidados se excluyen del escenario frente a tanta impunidad. Nada a decir es igual a las campañas electorales, y la omisión es igual al compromiso, porque nadie tiene nada para hacer en una sociedad donde muchos fuman marihuana y se llenan de orgullo con eso, algunos usan cocaína y se mueren de la risa de los que se abstienen, otros hacen sexo sin protección y llaman de “caretas” a los que aún creen en relaciones estables. La degradación de los vínculos afectivos hizo con que los humanos se vanagloriasen de la multiplicidad de experiencias sexuales. Sin embargo, la cuantificación muy poco colabora para el enriquecimiento de vincular entre las personas, sirviendo a penas para reforzar el narcisismo de algunos. Es importante resaltar también que el resultado de la promiscuidad sexual promueve la amenaza del contagio de enfermedades cuyas huellas mucho representan en la vida de las personas lesionadas. Esa representación de valor por el dolor y por la amenaza es nada más que una desatención y una indiferencia con los valores que nos constituyen como sujetos históricos. Quien comienza la sexualidad adulta de esta forma no tiene historia ni origen a preservar.

Algunas prácticas actuales representan más una manifestación de la degradación de los vínculos humanos que una propuesta de consolidación. Dejando de lado la moral y observando la inestabilidad posterior de estos vínculos, constituidos en bases efímeras, lo que más se puede afirmar, es que todos están en una aventura que “hace de cuenta” que promueve encuentros, cuyo propósito y cálculo son amorales. La sorpresa es que cada uno, aunque sin culpa y responsabilidad, se ofrece como modelo para la generación siguiente. Los modelos identificatorios son mucho más fuertes que las ideas de conciencia, y un grupo humano aprisionado en el mito lo repite heroica y efusivamente como si en el acto se constituyera sus libertades. Los padres que cuidan y están cerca tienen vergüenza; los padres narcisos que no ven lo que construyen, y así camina la humanidad. Unos pagando por otros, y algunos

sacrificando sus convicciones para intentar corregir a los incorregibles deslices.

Los amores efímeros no se sostienen porque son mucho más expresiones de deseo que investimento en personas. Los narcisistas usan las personas al invés de vincularse a ellas; usan la farsa, y no las bases fundamentales de la constancia y del cuidado, que cualquier amor auténtico espera y exige para su manutención.

Se hace necesario aclarar que, aunque las relaciones se manifiesten como transparentes, ellas no lo son. Principalmente porque las emociones son lo que de más concreto existe, contrariando los que piensan que material y concreto es aquello pasible de ser palpado. Nada más concreto que una emoción, una manifestación amorosa u odiosa; ellas se representan auténticamente, sin disfraces o retoques, y vienen de lo más profundo a la superficie.

Sobrepujar la fragilidad significa tener coraje de mirarse de frente y enfrentar el espejo que nos denuncia. Cualquier desdén será computado por la aplicación inadecuada de la crítica. Las estrategias de la mente pasean por los devaneos y nunca nos incluyen como personas degradadas. Así, en los sueños diurnos y nocturnos siempre nos vemos como personas puestas al servicio de propósitos elevados. Con base en esa mentira aceptada, el marido es traicionado, la niña pierde la virginidad, el patrón esclaviza, el político roba y el partido político sigue mintiendo.

Ejercer el coraje significa, muchas veces, enfrentar la acusación de ser honesto.

Mirar hacia atrás es una de las prácticas antropológicas más antiguas de la humanidad. Esa mirada nos permite rescatar nuestro origen y nuestra ascendencia. Aquel que no lo hace se acaba perdiendo, por falta de indicador, de faro. Los naufragos se pierden por falta de ese gesto; los ansiosos, porque solamente miran hacia delante y pierden la dimensión de alcanzar ver todos los lados y evaluar todos los gestos y todas las consecuencias de cada vida sin proyectos mínimamente previsibles. Cuanto al sentido de disciplina, todos se olvidan la influencia y del valor de la memoria en la construcción de la historia de los humanos. Los sentimientos se organizan con orgullo, como honor y como *saudade*; algunos, como

olvido, como vergüenza y como confirmación de la prostitución del cuerpo y del alma. Pero, los que más lo necesitan conocer son los que más les omiten, pues los viven como convicción y los confunden con la delicada y tan deseada libertad. En nombre de estas pseudo-libertades, muchas personas pierden bienes muy preciosos, muchos símbolos que los organizan como especiales, muchos recatos que los banalizan.

La ética de las relaciones entre los humanos que permite un compromiso será aquella que determina que cada uno será responsable por sí mismo y por los más próximos.

Somos seres curiosamente contruidos para contar historias a través de palabras o de repeticiones. Así, cualquier omisión denuncia y cualquier silencio habla en voz alta, contando quienes somos y que andamos haciendo. El pasado no esconde; revela.

Invertir en las verdades ahorra desastres. Muchos caen en la trampa del ocultamiento. Entre las realizaciones y las omisiones, se esconden muchos secretos.

## COMO NEUTRALIZAR A LAS OFENSAS

*La serenidad espiritual es el fruto máximo de la justicia.*



## EPICURO

Las manos que acarician no golpean mientras acarician. Acariciémonos a nosotros mismos como acariciamos a los demás, dejémonos caer en tentaciones, vivamos de este mal, amen.

Así deberían comenzar los encuentros amorosos si el insultar no ostentase el destemor como un baluarte a manifestar la incrédula verdad de que odiar es más permitido que amar. Como soldados volviendo de una guerra, los ofendidos son el resto de un grupo de despreparados para matar y destruir. Expuestos al mando de quien se resguarda a penas dando órdenes, ellos miran a las armas de frente y abren el pecho pensando jugar de guerra antes de llevar el tiro mortal o paralizante. Los ofendidos callan historias que, por recato y compostura, no deben y no pueden contar, tal el horror de las batallas. Sus modestos silencios son resultado del miedo, del asombro y de la cautela. Se reservan el derecho de callar, intentando olvidar aquello que gustarían no haber vivido. En esos escondrijos de la memoria, son como niños maltratados, mujeres golpeadas, hombres humillados, pobres-tirados-por-ahí, pedazos de fetos abortados, contaminados, excluidos.

Como retirados, los ofendidos van de un lugar a otro en busca de amparo; algunos los denominan hijos de la nada, niños de la calle, humanos inferiores, restos de gente, mendigos, hijos de puta. Tenidos como peligrosos, surgen de la nada a pedirnos pan, limosna, una mirada, un reconocimiento. Intentan establecer diálogo con nosotros sin nuestro permiso, intentan vendernos cosas que no queremos comprar y nos piden comida, antes que iniciemos la ingesta, sacándonos el apetito. Sus olores no combinan con el aroma de nuestros platos y sus miradas pidiéndonos nos llenan de rabia. Desistentes de la compasión, miramos para el primer guardaespaldas, pidiendo que los lleven para bien lejos de nosotros. Todavía, cuando ellos nos sirven, nosotros los aceptamos porque ellos saben las diferencias y cada uno se pone en su lugar. Pero cuando ellos se hacen “los graciosos” y se hacen íntimos, nos dan la dimensión de que ellos no saben ni nunca sabrán sus verdaderos lugares.

Según ese parámetro de la diferencia, hijo de rico es niño, hijo de pobre es menor; el del rico es promesa, el del pobre es problema. Mujer rica es mano de obra productiva, mujer pobre una fábrica demográfica. Cuando lleva ventaja, el rico es vivo; el pobre es ladrón; cuando desea y mira, el rico es candidato; cuando es pobre es perverso abusado. Rico, cuando cae en la calle, tropieza; pobre, esta alcoholizado. Rico sin hacer nada esta de vacaciones; pobre es vagabundo. Rico cuando invade los derechos del otro, está pesquisando el mercado; pobre, es intrometido.

Los ofendidos, acostumbrados a los dolores, tienen sus límites extendidos al infinito, sumisos que son a las desconsideraciones. Piden un favor donde era para tener derechos, y piden permiso donde tenían la vez; agradecen cuando les ahorran la vida. Como eternos aprendices de la tolerancia, los más pobres empujan carrozas, empujan papelones, fingen guardar coches, lavan veredas, cosen las medias viejas para que quepan en zapatos sin suela ni cordón. Miran suavemente, rezan, aún creen en un Dios que los abandonó hace siglos y aún creen en el repartir el pan nuestro de cada día guardado en los silos del Estado. Cuando alguno de ellos ofende y dice blasfemias, nos asustamos, -pobre con rabia es señal de peligro. Aunque la generosidad no este por detrás de cualquier puerta, ni siempre la mano que recibe vale menos de la que dona; y el alma, ni se habla.

¿Cuánto duraría la tolerancia de los ricos sufriendo el cotidiano de los pobres? ¿Cuáles penas exigirían a sus ofensores?

Estar en el lugar del otro significa ser capaz de identificarse con el, por lo menos con sus dolores y sus necesidades. La mayor dificultad humana es hacer con que se acepte como semejante aquel a quien se repudia.

## LA TRAMA CULPÍGENA

Cada uno crece de acuerdo con el patrimonio personal y las oportunidades ofrecidas. Tal dependencia funciona como una permisión, según un mecanismo selectivo. Como modelo dominante de relación humana tiene un carácter asistencialista y privilegia la donación materna y familiar, él es responsable por la creencia de que todas las relaciones humanas se van a dar de la misma, tanto en el sentido de proveer necesidades como en el uso del amor y de la protección como formas de educación y convivencia, aunque para muchos no haya sido exactamente de esa manera. El abandono no es la experiencia de la gran mayoría.

En el comienzo de la vida hay una mayor dedicación, una disponibilidad casi que total al nuevo ser, a la cual se sigue después una aceleración, un desprendimiento motivado por una cultura intervencionista, en nombre de una política y de una economía de penuria perversamente instituida, de una cultura de consumo que induce a la mujer a usar productos industriales y servicios que substituyan la leche materna y otros cuidados.

En el orden de la educación familiar se aprovechan las condiciones favorables para distribuir cuidados que aumenten significativamente la capacidad de los niños para resistir las condiciones desfavorables que surgirán en sus vidas posteriormente. Pero, muchas de las violencias que ocurren en la vida exigirían una educación para tiempos de guerra. La afirmativa de que el amor educa y ayuda es válida para tiempos de paz, pero ¿en que país del planeta aún se vive así?

Cuando llevados a dejar precozmente a la casa de la familia en búsqueda de algo que les organice la vida social y afectiva, estudiantil y de trabajo; los hijos no preparados se tornan susceptibles a diferentes heridas de diferentes grados, como ofensas, depreciaciones y los abusos de poder. ¿De quién parte los maltratos, quiénes son los maledicentes que exploran esa vulnerabilidad? En su gran mayoría son personas ofendidas, usadas, cuyas historias fueron estructuradas con un grado marcado

de violencia. Tanto el narcisismo cuanto la fragilidad se organizan para constituir la trama *culpígena*. La culpa pesa en la conciencia, hace con que aquel susceptible a su existencia se someta cada vez más al ofensor. La interpretación de la realidad de forma minimizada, oprime y acorrala a los desprevenidos. Se trata del juego entre quien abusa y quien es abusado. Ocurre en el acoso sexual, así como en los casos de pedofilia, en que los oprimidos aceptan las amenazas y perversiones adornadas de “buenas” intenciones.

Ese tipo de trama envuelve algunas personas en determinadas situaciones y con más frecuencia. La trama se organiza con dos o más personas, ni siempre es percibida desde el comienzo. Uno es aquel que es “usado”, que siempre tiene algo a perder, mientras que el otro, ofensor en sus malas intenciones, nada tiene a perder. Ese último es un tipo de persona que siempre alcanza el poder a manera de ejercerlo en nombre de sus intereses personales. Sus puestas en escena son competentes, sus actitudes bien disfrazadas de benevolencia; él se sitúa en el mejor lugar para armar emboscadas y defraudar la verdad de los hechos toda vez que esta para ser denunciado. No vive tranquilo porque sabe que puede caer sobre él la acusación y el repudio por sus actos y sus mentiras. Sabe ganar puestos en sus trabajos, se finge de generoso e importante; pero, generalmente, pero generalmente es manifiestamente agresivo. Aborda los más frágiles, niños y niñas, mujeres solas, los que exponen carencias, los que piden, los heridos, los desempleados, los que dependen del empleo, los que le entregan el alma y el cuerpo. Los ofensores son clásicos en la forma de ejercer el terror, ora seduciendo en nombre del “yo te cuido, yo te protegeré”, ora amenazando con el “te destruyo si me abandonas”, o entonces, “te desmiento si me denuncias”. Como eximios engañadores, los ofensores difícilmente son descubiertos en flagrante. Arman subrepticamente la trama que en el final crea o refuerza culpabilidades por actitudes ellos perciben ser condenadas por el medio en que viven o por las propias personas. Acostumbran reunirse en grupos de personas que los apoyan en las maldades y que tornan sus acciones destructivas aceptables. Los ofensores y los ofendidos por la trama *culpígena* son solitarios, porque el uso del

otro y la vivencia de pecado no les permite valorarse como compañías. En general, el odio esta presente en sus relaciones, los ofensores acusando y los ofendidos aceptando las culpas. Los ofensores odian aquellos que se dejan engañar; después de usarlas para satisfacerse, no invisten más nada en ellos, indiferentes a su destino, poco se importando con un eventual sufrimiento o daño causado en aquellos que se sometieron a la trama *culpígena*.

Frecuentemente los ofensores hacen escándalos públicos, ofendiendo a los que se sometieran a sus perversiones. Se comportan como “divas” mal acostumbradas, como reyes oyendo “no”, como dictadores. No admiten que las personas no son sus enemigos. Sus verdaderos enemigos son el éxito, la afabilidad, la seriedad y el bienestar de las personas, la gentileza y la simplicidad. Los ofensores cronificados pueden ser portadores de una patología psíquica llamada perversión. Cuando es ese el caso, una característica los protege: no sienten culpa, no tienen la conciencia de daño y siempre justifican sus actos culpabilizando a alguien. Mientras el sujeto común se preocupa, sufre y busca reparar los daños que pueda causar a alguien, el ofensor perverso no siente nada, ni tampoco tiene intención ninguna de reparación, pues nunca reconoce el daño y los perjuicios que causa. Se considera inocente.

Negado el derecho de la convivencia armónica, esos representantes del mal solo se calman dañando el patrimonio afectivo de alguien. Intentan esclavizar de alguna forma, amenazando, excluyendo, chismeando, armando emboscadas, mintiendo, inventando hechos, distorsionando interpretaciones, creando redes de perversos y sometidos. Acaban denunciándose, pues, como si no les bastase ejercer la maldad, les gusta exhibirse, lo que hace con que todos los identifiquen y los eviten, condenándolos a la soledad. Su agresividad manda hacia lejos todos aquellos con quien ellos podrían contar. Ellos no toleran el amor y la solidaridad, prefiriendo hacerse de víctimas a aprender otras formas de vivir que no sean bajo el filo de la navaja. Así que, los ofensores acostumbran ser violadores, violentos, corruptos, mentirosos, aduladores, inconvenientes, malhumorados, rezongones, cobardes y traidores. El deseo de venganza del perverso, ciertamente son restos antropológicos de sus pasados,

que no le deja en paz, insistiendo en recordarles de los traumas y daños sufridos.

La trama propiamente dicha es preconcebida. Organizada como una red de acusaciones maldosas y mal intencionadas, tiene como objetivo final culpabilizar reiteradamente e infernizar la vida de los que aceptan la culpa como valedera. Culturalmente, la culpabilidad ha sido confundida con el sentimiento de responsabilidad; consecuentemente, muchas son la veces en que la educación culpabiliza, dejando huellas difíciles de ser superadas, pues el culpado se siente deudor. De esa forma, se vulnerabiliza y acaba dando espacio para la trama instalarse como permanente y crónicamente destructiva en su vida.

Aunque nuestra cultura nos haga creer que solamente el amor une y hace con que las relaciones sean establemente alcanzables, se observa, y con alguna frecuencia, relaciones humanas apoyadas en el odio, y alcanzables a través de la inestabilidad, peleas cronificadas, maltratos, ofensas. Es en eso que se apoya la trama *culpígena* para encontrar personas que la eternizan adentro suyo. Insuflados por otros, maldosos, los ofendidos usan el odio contra si mismos. El castigo cronifica la pena.

## LA ENVIDIA DE SI MISMO

El psiquismo del ser humano es una organización estructural. En ella se encuentra el *Yo*, mientras los ideales quedan representados por el *Super-Yo* (heredero de las figuras paternas). Cuando las acciones de alguien no coinciden con sus ideales, se inician conflictos psíquicos, que son confrontos responsables por divisiones internas promotoras de choques entre la censura y el *Yo*. Estas divisiones solamente acontecen cuando hay conflicto. Fuera de las situaciones conflictivas el *Yo* y el *Super-Yo* viven armónicamente.

El envidioso es aquel que odia a alguien que posee algo que él propio no tiene. Por eso, el envidioso desea la destrucción de ese otro, desea que el pierda lo que tiene.

Os autores que citan y consideran el concepto de envidia siempre lo utilizan para definir la acción de una persona sobre una otra. Toda vía, tengo observado, con una frecuencia cada vez mayor, personas con actitudes que solamente se explican considerando que ellas desarrollan una envidia de si mismas.

Freud observo que ciertos individuos no soportan la satisfacción y fracasan frente al éxito, como una especie de auto punición, pero no formulo el concepto de alguien investir envidiosamente contra si.

En la evolución de la organización psíquica del narcisismo, se sigue el establecimiento de relaciones objétales, donde el amor y el odio estructuran modelos sobre los cuales las personas organizaran sus personalidades. Por demérito, algunas personas acostumbradas a la humillación, al poco caso y a la desconsideración, tienden a se asombrar cuando elogiadas y valoradas por poseer cualidades que ellas esconden y callan hasta de si mismas. En ellas, las críticas y las depreciaciones ocupan un lugar de destaque. Esas personas desarrollan una crítica excesiva por identificación con aquellas figuras en quienes mucho creían y que las criticaran demasadamente en su convivencia. Decimos que incorporaran y se *identificaran con sus perseguidores*, pasando a actuar de la misma forma violenta y despreciativa como fueran tratadas. Dan vida a un personaje crítico adentro de si cada vez que se atacan.

Es importante saber que la prolongada convivencia que los humanos tienen con los modelos identificatorios, quiere sea en la familia, en la escuela, o en el grupo social, permite al mismo tiempo, que ellos aprendan a amarse, a cuidarse; a odiarse, a criticarse, a punirse moralmente, a auto punirse y, hasta mismo a auto flagelarse. Por lo tanto, aprenden el respeto y la falta de respeto por sí mismos. Así como se fortalecen hábitos positivos, se fortalecen actitudes y representaciones negativas que pasan a hacer parte de la formación de las personas. Y es por eso que algunos pasan, entonces, a tener certeza de que nada o poco valen. Es bastante común encontrarse personas que hablan muy mal de si mismas, de sus obras o de sus hijos, pues al considerarlos como una extensión de si mismos, no pueden aceptarlos valorados y apreciables. Los que hablan mal de si mismos presentan conductas tales como: estar siempre metidas en complicaciones, acostumbrarse a las descalificaciones, presentaren intolerancia con el bienestar, no gustar de festejar sus cumpleaños, no gustar del nombre que tiene, no gustar de la familia que tienen, desvalorar el propio cuerpo, no tolerar cualquier examen de autoestima, porque siempre ella estará excesivamente baja; hablan mal de sus pertinencias, de sus ropas, de sus historias, desde donde rescatan lo peor. Parecen estar atraídas por el mórbido y por lo imposible: escogen los peores compañeros, seleccionan personas



equivocadamente para formar pares, persiguen proyectos inalcanzables y, si, mediante el azar, alcanzan realizarlos, rápidamente se libran de la conquista. Conviven con la decepción y la tristeza con más facilidad y aceptación. Envidiándose a si mismos, destacan lo que no son capaces de conseguir, menospreciando lo que consiguen. Coleccionan historias de fracasos. Esas personas se disfrazan tan adecuadamente, que parecen ambiciosos nunca satisfechas. Entre tanto, un examen más cuidadoso de sus actitudes nos muestra que ellas no están satisfechas con lo que alcanzan porque el éxito les hace daño, de la misma forma que el bienestar les molesta. Buscan encontrar adversidades, y cuanto mayor la crítica y la vivencia de fracaso, más en paz quedan en relación a sus conciencias. Los envidiosos de si mismos destacan mucho más el valor del displacer y de la derrota que el bienestar con la victoria y el placer. El displacer satisface la necesidad de punición.

Para el Psicoanálisis, todo síntoma tiene un sentido singular para su portador, cuenta una historia privada; así, cada individuo construye sus síntomas psíquicos de acuerdo con su historia y su censura. En el caso de los envidiosos de si mismos, la culpabilidad exacerbada revela que aquellos que los educaran confundieron educación para la responsabilidad con reprobaciones, humillaciones, castigo y punición; confundieron vivencia de fracaso con experiencia para la vida; sufrieron muchas situaciones traumáticas y, así, tuvieron sus desesperanzas banalizadas.

Considero que la envidia a si mismo es la peor de las envidias, porque delante de la envidia de los demás, se puede adoptar posturas neutralizadoras y defensivas mientras el envidioso de si mismo se ataca de forma destructiva. Algunas personas con características de envidia de si mismas marcantes, persiguen la perdida y el fracaso con tanto afán, que solo descansan cuando consiguen una derrota fuerte o una perdida irreparable. Ellas “se libran” de lo que conquistarán por no tolerar la victoria o no creer merecer lo que consiguieran conquistar. Esas personas viven bajo una razón incoherente en relación a los ideales de la cultura, pues cuanto más realizadas, más infelices; cuanto más victoriosas, más deprimidas e insatisfechas. Contrariamente, cuando pierden lo que conquistarán, encuentran una satisfacción y alivio, retomando un

cierto nivelamento inferior. Sus pérdidas son una forma de punición que alivia el sentimiento de culpabilidad. Sus historias familiares apuntan una cierta intolerancia a la superación de los modelos. Muchos comienzan a manifestar ideas de ruina pensando que van a perder todo lo que conquistaron y realizan una especie de destino auto-cumplido, o sea, acaban direccionando sus vidas en el sentido de lo que más temían.

Psicoanalíticamente, se sabe que el ser humano siente temor cuando se encuentra frente a lo que lo vulnerabiliza. Toda vía, una percepción interna avisa a través de la angustia señal de que algún desequilibrio está por suceder.

Hay personas con un histórico bien desarrollado, sin mayores complicaciones, y que al llegar en un determinado momento de sus vidas sufren una transformación para peor. El mal trae menos miedo que el bien. Lo malo es más temido y, a veces más respetado que lo bueno. Mientras el amor asusta y hace temblar, el odio es banalizado e incorporado fácilmente. En esta situación están aquellos que consiguieron cumplir con sus objetivos y llevaron sus planes hasta lo mejor posible, y que llegado a ese nivel, no aguantan la presión de haber superado en calidad a sus familiares. Aquel que en su familia consigue ser el único a mantener el casamiento, o aquel que está mejor financieramente puede pasar a mostrar señales de insatisfacción con todo lo que conquistó. Un examen superficial de esta situación tiende a diagnosticar una depresión; entre tanto, ellos son puntuales en la cuestión de la intolerancia, renuncian importantes conquistas sin renunciar el restante a su alrededor. En verdad, lo que gobierna ese esquema es la intolerancia al éxito, que acaba por inducir, inconscientemente, la pérdida de lo que fue conquistado. Los pasibles de experimentar esa conducta se tornan irreconocibles: beben desproporcionalmente, pueden tener aventuras sexuales arriesgadas. Esos cambios de comportamiento no son tan ruidosos como las crisis de locura; ellas parecen una isla de desarmonía en medio a todo un resto coherente.

En las personas en las cuales la envidia de sí mismas aparece bastante desarrollada, vemos un conjunto de manifestaciones constituyentes de un núcleo cerrado que abomina el placer.

La amargura y el odio perjudican mucho más aquel que los tiene que las personas sobre las cuales ellos son proyectados. Pero, en el caso de la envidia de si mismo, los emisores son sus propios auto perjudicadores. En ellos el sentimiento de culpabilidad actúa directamente sobre el humor; por eso raramente se divierten, pues subvierten el uso de la alegría hablando mal de ella; cambian el amor por la traición. Solo descansan cuando calman el sentimiento de culpabilidad haciendo de la perdida una punición por no creer merecer lo alcanzado. Por eso, viven tentados a desistir condenándose a esconder el triunfo y a manifestar las decepciones, más fácilmente aceptadas por ellos. Se olvidan de su historia de amor y exaltan el desamor y a los maltratos. De esta forma, podemos entender porque existen personas que, al alcanzar la cumbre de sus conquistas, pierden todo, sea en el campo amoroso, sea en el trabajo. Ellos funcionan como esclavos del odio que incorporaran sin angustia. En la base de semejante actitud esta, sin duda, un ideal que solo se realiza en el fracaso y en la perdida. Aquellos que presentan intensa envidia de si mismos son enemigos de si, así como los suicidas confirman la existencia de una falta de creencia en los vínculos afectivos. Debemos tomar cuidado para no confundir ligazones obsesivas, dependencias patológicas y simbiosis, con ligazones amorosas de vínculos fortalecidos

## LA UNIÓN DE LOS DESISTENTES

En un mundo condenado a la performance, el *frisson* por la conquista ocupa un lugar de destaque sobre el valor de la manutención de lo conquistado. Entre la posesión y la sumisión, ocurren variables determinantes de conflictos de convivencia y disputas, las cuales promueven el desconcierto a los pares, ya que después de arduas y difíciles luchas para la conquista mutua, los pares aceptan renuncias incomprensibles y que motivan separaciones. Cuando eso ocurre, podemos estar frente a una nueva y curiosa patología: el desprecio por lo conquistado. Sus promotores son personas esclavizadas en las etapas iniciales de los procesos de *estar-junto*, personas que no dan continuidad a las etapas siguientes del Encuentro Humano, pues en el momento de la consolidación acaba promoviendo la ruptura. Para estas personas,

es difícil proseguir las relaciones por ausencia de intención de manutención. Entonces, se desinteresan y desaceleran todo el empeño observado en la conquista. Casi siempre lo conquistado es tomado de sorpresa, pues, inesperadamente, es dejado. Los esclavos de la conquista viven dando la impresión de que “juegan” de amar, pero lo que les falta son condiciones de sostén. Ellos acostumbran racionalizar, afirmándose ser del tipo “conquistador”, como si las actitudes por ellos adoptadas fuesen resultado de una elección y solo les ofrecen ventajas. Solamente con el pasar de los años, sus historias revelan que la compulsión a la conquista y el consecuente abandono, los condenan a la soledad o a las peores elecciones. Generalmente terminan sus vidas amorosas aburridamente, “apoyados” en los peores sujetos, los únicos que les aguantan. Ellos establecen entre si una especie de unión de los desistentes.

Cualquier proceso de *estar-junto* con alguien exige mediaciones, respeto a las diferencias, apuesta en el futuro conjunto, paciencia y muchas otras habilidades.

La vida es un proceso que exige construcción permanente para que las relaciones se consoliden a través de más calidad y menos cantidad de aparceros. Es necesario tener coraje para mantener la esperanza y un humor elevado. La búsqueda de armonía en las relaciones puede reafirmar las confiabilidades, ayudar a enfrentar las adversidades y a superar la aceptación de las exigencias despropositadas.

Los esclavizados por la conquista tienen todo en el comienzo y nada en el final. Son acostumbrados a dar pruebas de amor que después les costarán caro. Son desafiados a moldarse al deseo del otro y, generalmente se olvidan de sí mismos para vivir la vida del esclavizador. Los mentores de ese abreviado ciclo de encuentros, se apropian de la esperanza del otro, prometiendo lo que no pueden cumplir. Pasan, de esta forma, a ser portadores de lo efímero. Entienden mucho de seducción y muy poco de amor. Uno ilusiona y el otro se deja ilusionar, en una casi combinación de mentiras alternadas. Uno se apropia del otro amoldándolo y haciéndolo renegar sus principios más auténticos. Observándolos más cuidadosamente notamos que ellos se comportan como

huérfanos carentes. Se preparan para, en lo mínimo, una desilusión y, en lo máximo, un desastre amoroso. No alcanzan crear una red de cuidados mutuos porque se especializan en un tipo de relación de mano-única. Aceptan que así sea como consuelo y como constatación de la pérdida de la creencia en los vínculos humanos. Ellos crecieran sin incorporar los valores apropiados para el uso de los encuentros como fuente de vida. Son casi personajes viviendo refugiados en sus ilusiones insostenibles. En ellos, el odio que separa es aceptado con más facilidad que el amor que une.

## EL CANALLA

Aunque desproveído de la consideración y del respeto, el canalla se piensa el más importante, el más impune, el más-todo. Organiza ventajas para si, pensando que aquellos a su alrededor son unos sonsos, idiotas por cumplir la ley. El canalla vive de procesar a los demás, falsifica datos, inventa mentiras insostenibles para dar soporte a su fantasía más mal intencionada. Se finge de devoto de alguna causa, religión o grupo. Con esa máscara piensa engañar a todos porque los piensa poco capaces. Pero es infeliz. Con frecuencia, usa el alcohol y otras sustancias para llenar su

soledad. Hasta su familia lo evita, cansada de su autopromoción engañosa. Aquel que con él hace negocio “compra” problemas, se hace socio de su perversidad. Difícilmente el canalla cumple su palabra; en el la canalice esta por encima de todo. Es mal pagador, mal padre, mal compañero. Por eso, lo más frecuente es encontrarle en dupla: otro canalla lo atura.

Su historia muestra que él es arrogante para las cuestiones esenciales y falsamente humildes para las secundarias. Se finge de buena persona siempre que le conviene. Exagera el cuidado con la apariencia porque es la única cosa que él sabe cuidar. No alcanza el estadio del “nosotros”, por eso su discurso gira alrededor de la primera persona. Su declaración “atraviesa” el honor de los demás como flechas disparadas por las espaldas. El vive reafirmando su identidad a costas de la ingenuidad de algunos que les prestan temporariamente sus oídos para que despeje sus tonterías. Desacata, ofende a los más humildes. Carga un voto permanente de desconfianza, para declarar su poder de destrucción y de desamor. Desacoger es su recepción más frecuente. Difícilmente, el canalla vive en paz. Enemigos de infancia son testimonios históricos de su mala intención y de su manipulación. Arrogantemente, hace cuestión de hacerse pasar por alguien superior a los demás. Cree que la vida es un gran teatro con actores mediocres. Solo él es estrella. Cuando no le dan crédito, acostumbra enfurecer, amenazar y mostrar falsos documentos. Piensa que, así, estará dando indicios de su poder. Pero, su falta de coherencia lo denuncia como falsario, pretensioso, promotor de actitudes bajas. El riesgo mínimo que él promueve, esta en tenerlo próximo.

Para poder enunciar verdades, cualquier ser humano tiene que estar en contacto consigo mismo, tener la capacidad de ser él mismo, lo que no es posible para el canalla, pues su vida tiene como objetivo dañar. Él se piensa un “libre tirador” cuando, verdaderamente, es un esclavo de la perversidad. Vive la vida de los demás, se adapta a las necesidades que no son suyas y finge que eso le conviene. Es a través de estas falsificaciones que el canalla inventa relaciones, negocios, amistades, una autentica protección imaginaria para poblar su mediocre y limitada capacidad de estar-en-el-mundo. Aunque pase desapercibido por algunos, todo

aquel que con él convivir verá que su secreto no es sostenible porque él es abusado, ruidoso y maestro en crear confusión. Inventa enemigos permanentemente para auto sostener su actitud persecutoria. Su destructividad podrá ser evaluada de acuerdo con la intensidad de su persecución. Hacerse de víctima hace parte de la cobardía del canalla. El él, la ética no tiene como organizarse, le faltan elementos constituyentes.

Es difícil imaginar una vida entera que transcurra con la conducta canalla.

## LA SOBERBIA Y LA MALDAD

Extraordinaria la descubierta de como es posible cambiarse el tono de la vida, para el bien y para el mal. Hay personas que murieran sin haber cometido una única buena acción. Un amor propio desmedido y un orgullo dañino les impidieron el mirar colectivo. Preocuparse con la bondad fue algo que no les robó



ningún tiempo de sus vidas. Desnudando el alma y abandonado a los ímpetus, no hicieran otra cosa que ejercer la soberbia, aprovechando todas las ocasiones en que los ingenuos los acataran dando pruebas de bien venidas a sus maldades organizadas. Llegaron a ser jueces de causas desconocidas, liderándolas por pura presunción. Los que por pura ingenuidad encarnaran el daño, acabaran tornando la arrogancia un mal colectivo, esparcido entre todos bajo pretexto de liderazgo necesario y protector.

En los soberbios el desamor a los semejantes es evidente y solamente la esclavitud consentida los eligió para seguir dirigiendo las masas en dirección al abandono, deseosos de repetir el fracaso, acostumbrados a lo que es no fructífero, estéril y sin continuidad.

Vivimos para defendernos de ellos, pero ellos son demasiados, están en los hogares, hospitales, escuelas, gabinetes, escritorios, bancos, iglesias, prostíbulos, comisarías, calles, edificios, ministerios, colectivos, aviones, barcos, automóviles, yates, presidencias, vice-presidencias, municipalidades, basureros, mares, aires, veredas, bares. QUITAN la inocencia, expulsan a los buenos y crean los peores chismes, determinados al ejercicio del mal. Interrumpen nuestro tránsito para conversar con otro soberbio, auto-proclámense dueños de la fila, de la razón, del uso y del abuso de nuestro tiempo, de nuestra privacidad. Hablan bien y fuerte, hacen pose, presentan una falsa identidad y asustan permanentemente aquellos que de ellos dependen. Parecen presentar una única idea del mundo: aquella que ellos propagan y que les es siempre favorable. Al infierno con los pobres y los humildes! Su discurso está poblado de "yos". Parecen ratones a roer nuestras paciencias, autoreferiéndose, autoelogiándose. Se autodefinen como los mejores, los elegidos, los más-que-perfectos. Pasan la vida afinando sus mentiras y con habilidad las transforman en doctrinas. Sabedores de que el pueblo no tiene casi ningún conocimiento profundo acerca de la mayor parte de las cosas de la vida, usan y abusan de la confianza que acepta la inducción. Sus criterios presentados, como soluciones, son improvisaciones inventadas, inútiles, desnecesarias, casi siempre las peores. Infelizmente, siempre habrá mediocres dando razón al soberbio.

Un grupo humano que quiera preservar su salud mental debe evitar dar el poder al soberbio, aunque sepamos que este se especializa en conquistarlo. Sin denuncia, el soberbio pasa disfrazado, engaña ocultando su conducta y su candidatura a ser dios, imperador, dictador, porque en su apariencia siempre lleva la capa de la humildad. El refinamiento de la maldad del soberbio ya destruyó la vida de mucha gente que de él dependió. El prejuicio consecuente a esa forma de odiar cambio el destino de varias personas y condenó al fracaso muchos proyectos de vida, pues algo que no le hace compañía es la consideración, la tolerancia, la amistad y la capacidad de identificarse con los demás. El soberbio, al contrario, atropella la diferencia e intenta nivelar todos por sí, ya que se considera el único poseedor de la verdad. Tal su capacidad de convencer, que a veces tardan años hasta que se le identifique escondido por detrás de alguna posición de mando o titulación que le autoriza el disfraz.

Uno de los riesgos de la supervaloración de la autoestima presente en el soberbio es que ella puede ser la base sobre la cual se apoya la arrogancia de un yo hipertrofiado en sus valores. El excesivo narcisismo sin la socialización consecuente impide la descubierta de lo colectivo y de su valor social. Así, el aislamiento, la súper protección, el uso inadecuado de la permisión, a desvaloración del prójimo están presentes de forma profunda en la vida del soberbio. Por eso, él se siente superior a los demás, siempre pensando que él tiene poco para recibir de los otros, invalidando así cualquier valor en los intercambios y en los enriquecimientos que los encuentros humanos son capaces de promover. La soledad proposital, además de ser un escudo para su intencional evitación de estar junto a los demás, le sirve como referencia de que él es único y que, como tal, pocos son merecedores de su compañía.

La soberbia arrastra con ella un sentimiento de odio que se presenta como depreciación y menosprecio en relación a los otros. Creyendo en una superioridad permanente, el soberbio solo valora lo que él piensa ser igual a él.

**ESTE LIBRO FUE TRADUCIDO DEL PORTUGUÊS, IDIOMA EN QUE SU ORIGINAL FUE ESCRITO POR EL DR. ROBERTO CURTI**

HALLAL, publicado por la editora 7 letras, 2007, Rio de Janeiro, Brasil.

MÉDICO Y PSICOANALISTA

MIEMBRO DE LA ACADEMIA BRASILEÑA DE MEDICOS ESCRITORES

MIEMBRO DE LA ASOCIACION PSICOANALITICA ARGENTINA

MIEMBRO DE LA ASOCIACION PSICOANALITICA INTERNACIONAL

PROFESOR EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE CUBA

MIEMBRO DE LA ASOCIACIÓN BRASILEÑA DE ADOLESCENCIA

ASESOR PERMANENTE DE LA ASOCIACION LATINOAMERICANA DE PEDIATRIA - COMITÉ DE ADOLESCENCIA

ASESOR PARA ASUNTOS INTERNACIONALES DE LA CONFEDERACION DE ADOLESCENCIA Y JUVENTUD DE IBEROAMERICA Y DEL CARIBE

[robertocuri@yahoo.com](mailto:robertocuri@yahoo.com)

[robertocuri@gmail.com](mailto:robertocuri@gmail.com)

Rua Gal Tasso Fragoso, 33 apto.102, Bloco 04, Lagoa,  
Rio de Janeiro, Brasil  
CEP 22470-170